



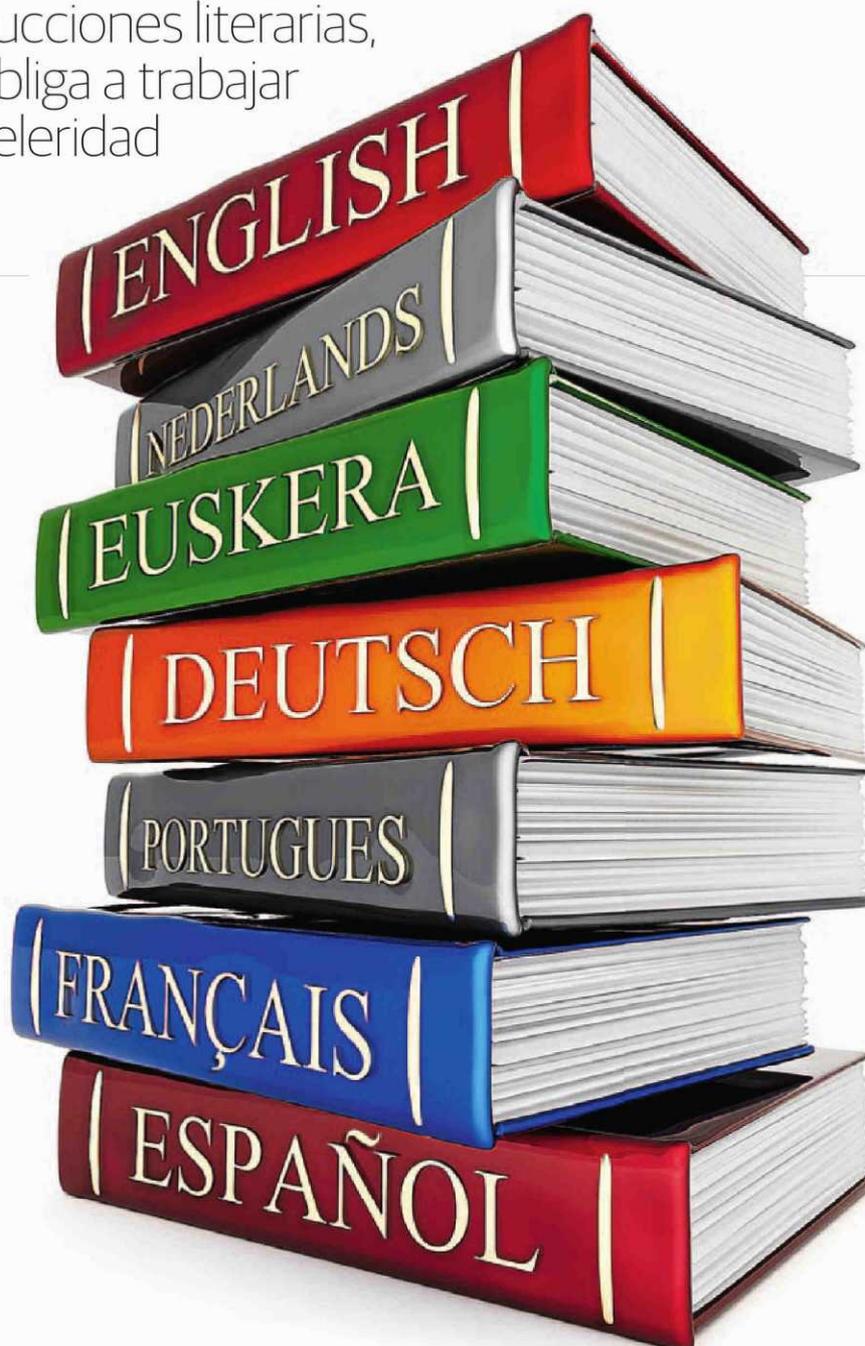
A 0,036 euros por palabra

La crisis no solo ha congelado la tarifa de las traducciones literarias, sino que obliga a trabajar con más celeridad

REPORTAJE

IRATXE BERNAL

El suyo es un oficio poco lucido donde los haya. De hecho, cuanto mejor es el resultado más oculto queda el esfuerzo que supone lograrlo. Si la lectura fluye con sentido (y hasta con estilo), si no hay nada que chirrié, pocos se plantean que Shakespeare jamás escribió aquello de «ser o no ser», que esas palabras nos las prestaron otros para que por aquí entendiéramos al príncipe Hamlet como si fuera el heredero de Castilla. Esa invisibilidad, toda una virtud entre los traductores, es sin embargo un lastre que priva de reconocimiento, tanto profesional como económico, a quienes nos facilitan la comprensión de aproximadamente una cuarta parte de las obras que se editan en España. Esa cifra, equivalente el año pasado a algo más 18.000 libros, implica «que casi todos los lectores hayan leído alguna obra que originalmente no estaba escrita en castellano», como señala Carlos Fortea, presidente de la junta rectora de la Sección Autónoma de Traductores de Libros de la Asociación Colegial de Escritores (Acett) y traductor habitual de autores como Günter Grass.



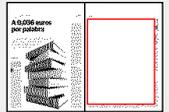
Dado el volumen que estos títulos tienen en su cuenta de resultados, lo lógico sería que las editoriales tuvieran en muy alta consideración a quienes encomiendan la labor de traducirlas, una idea que, sin embargo, se desvanece en cuanto se mira la valoración económica de estos encargos; aunque a veces se establece un precio por cada mil palabras, la mayoría de los traductores editoriales cobra por página empleando la referencia de las máquinas de escribir –70 caracteres por línea y 30 líneas por página–, lo que según las estimaciones de Acett sitúa el valor de cada palabra en los 0,036 euros. 'Estimaciones' porque en realidad el gremio ni siquiera cuenta con un precio consensuado y esos 0,036 euros es la media recogida en el último informe exhaustivo sobre el sector realizado en nuestro país, el 'Libro blanco de la traducción editorial en España', elaborado por Acett a instancias del Ministerio de Cultura, allá por 2010. Pese a los cuatro años transcurridos, la crisis económica ha congelado –cuando no reducido– este precio, ya de por sí mucho más bajo (como la mitad) del calculado para las traducciones de textos comerciales, técnicos o jurídicos.

Atomización

Ni para Ministerio o la propia Acett es posible pasar de ese cálculo orientativo porque la gran peculiaridad del gremio es su atomización. En esta «profesión abierta» no hay un registro que dé cuenta del número de traductores en activo, ni en qué régimen laboral están dados de alta, si es que lo están. Acett calcula que son unos 3.000, de los que aproximadamente la mitad trabaja como autónomo, lo que dificulta mucho el establecimiento (y respeto) no sólo de los precios, sino también de la forma de calcularlos.

Además, tampoco todos los idiomas cotizan igual. Las lenguas con menos traductores disponibles (aunque también con menor volumen de publicaciones y, por tanto, de encargos) pueden llegar a los 0,048 euros por palabra del euskera, por ejemplo, mientras que el alemán se queda en los 0,038 y el inglés, en los 0,034. Con esos precios tener el valor de trasladar a 'Hamlet' al español apenas reportaría 1.500 euros.

Para poner un poco de orden en este desajustado, Acett lanzó hace año y medio una campaña de adhesión a unos modelos de contrato



tipo entre editorial y traductor. Hasta el momento, sólo han firmado quince casas, ninguna de ellas con títulos en la lista de los más vendidos.

Con el mismo objetivo, la Asociación Vasca de Traductores, Correctores e Intérpretes (Eizie) recogía hasta 2011 en su página web unas «tarifas promedio no vinculantes»; 19,14 euros por una página o 240 palabras, es decir 0,079 euros por palabra. Tal recomendación, más cercana hoy según algunas fuentes a la realidad de mercado que la estimación hecha por Acett de 2010, fue el año pasado considerada una «limitación de la capacidad de los operadores para la determinación de los precios» por la Autoridad Vasca de la Competencia (AVC), que estableció una multa de 8.000 euros para la Asociación.

Tras la sentencia, Eizie reconoció que, efectivamente, «la publicación de tarifas va en contra de la libertad de consumidores y usuarios». Un 'mea culpa' al que seguía una clara objeción: «Al ser las administraciones, las editoriales y las agencias de traducción los principales clientes y contratantes de los traductores, estos últimos habitualmente no pueden ni siquiera proponer tarifas y la única opción que les queda es aceptar (o no) el trabajo en las condiciones marcadas por los contratantes». Es decir, que a sus 371 asociados «les resulta imposible cumplir lo establecido por la Ley de Defensa de la Competencia» porque «no pueden adoptar las decisiones en materia de precio de forma autónoma e individual». «El mercado está repartido entre diez o doce editoriales y hay que plegarse a lo que ellas marcan», subraya para incidir en esa falta de libre competencia Josu Zabaleta, un veterano de la traducción en euskera a quien el año pasado el Ministerio de Cultura reconoció su labor con el Premio Nacional a la Obra de un Traductor.

Dedicación en exclusiva

Como consecuencia evidente de estos bajos precios ha caído el número de profesionales que se dedica al oficio en exclusiva. Antes de la crisis, se cifraba en el 37,5%, mientras que hoy podría estar en el 25%. Es decir, y otra vez según las estimaciones de Acett, en España sólo hay unas 700 personas que viven de lo que traducen y, ojo, lo consiguen porque no sólo traducen literatura, sino también ese tipo de documentos jurídicos, técnicos o comerciales mejor pagados. El resto compagina su amor por la



Carlos Fortea. :: ARCHIVO

traducción con otras tareas, entre las que las más habituales son la docencia, la escritura, la edición, la investigación, el periodismo y el funcionamiento. «Si en castellano hay pocos que vivan de la traducción literaria, en euskera no hay ninguno. Es imposible», apuntala Zabaleta.

Como además la omnipresente crisis han reducido el número de novedades publicadas (76.434 títulos editados en España frente a los 79.175 de 2012 y los 83.258 de 2011), la carga de trabajo tampoco es muy elevada. Sólo la mitad de los profesionales traduce más de un libro al año y únicamente un 16% llega a cinco. Lo que si ha aumentado es la celeridad con que se les pide concluir el trabajo y la indefensión jurídica del gremio.

De hecho, según los últimos datos de Acett al respecto, esta vez correspondientes al primer Libro blanco de 2008, en un 27,2% de los encargos ni siquiera hubo un contrato escrito de por medio, un porcentaje que se elevaba hasta el 44,5% en el caso de esos traductores 'esporádicos', esos que traducen menos de un libro por año. Entre quienes sí firman un acuerdo con las editoriales, menos de la mitad (un 48,4%) consigue fijar en él aspectos como el porcentaje correspondiente a los derechos de autor o la vigencia de estos de cara a posibles reediciones.

«Pero no todo es una cuestión de pago; es también una cuestión de respeto al trabajo bien hecho», incide Fortea al recordar que muchas veces no se les informa del volumen de la tirada ni se les avisa de las reediciones bajo otros sellos o incluso que, en el colmo del ninguneo, tampoco se les envía ni un ejemplar de los libros en los que han trabajado o se les hacen correcciones sin su autorización. Correcciones de las

que, claro está, quedan responsabilizados al aparecer su nombre en los 'créditos', aunque sea en la letra pequeña en la contracubierta.

Esa es, por cierto, otra vieja pelea; ¿por qué en las portadas no aparece quién ha realizado ese trabajo? «La visibilidad es fundamental para valorar un trabajo, incluso económicamente, lo que explica que las editoriales no sean muy partidarias de que figure el nombre del traductor. Si se nos ve, se nos reconoce, y si se nos reconoce se nos tiene que pagar en consonancia con ese reconocimiento», explica Fortea.

Un menosprecio que, matiza el representante del gremio, «no ocurre todo el tiempo con todo el mundo» porque tampoco todas las casas se portan igual; «las hay que valoran el trabajo y lo cuidan,

Josu Zabaleta

«Hay traducciones que solo pueden hacer los curas y jubilados, que tienen garantizada la paga»

Carlos Fortea

«Pese a todo, ahora vivimos un momento dulce porque vamos ganando visibilidad»



Josu Zabaleta. :: JOSÉ USOZ

ruso para explorar por su cuenta «un universo literario nada explotado por las editoriales». «El control que unas pocas empresas tienen del mercado hace que sólo se publiquen obras muy estandarizadas, por lo que esa labor que podemos hacer de rastreadores, de ojeadores de autores interesantes en otras lenguas, no se aprovecha para nada», lamenta Zabaleta.

Con todo, Carlos Fortea no quiere pecar de pesimista y subraya también «las pequeñas victorias del gremio». «Yo creo que, pese a todo, la traducción está viviendo un momento dulce, que vamos ganando visibilidad». Ahí está, por ejemplo, la entrada en la RAE de Miguel Sáenz —«como traductor, porque ha habido más traductores académicos pero no estaban allí como tales, sino por otros reconoci-

mientos»— y, sobre todo, la publicación de «grandes trabajos, sobre todo, en clásicos» como la traducción de 'Los Miserables' realizada por María Teresa Gallego (Alianza), 'Anna Karénina' de Víctor Gallego Ballesteros o 'La pequeña Dorrit' de Carmen Franci e Ismael Attrache, estas dos últimas de Alba Editorial. «Con todo, yo, que soy profesor de Traducción en la Universidad de Salamanca, no puedo más que animar a los futuros profesionales. Las horas de disfrute que uno pasa frente al texto sólo vienen perjudicadas por la cantidad de ellas que son. Es un oficio bellissimo que te brinda, por ejemplo, el placer de hablar con Günter Grass sobre su obra. Si te gusta leer y te gusta escribir pocas cosas te pueden dar tanta satisfacción», subraya vehemente.

Hacedores de literatura universal

La Casa del Traductor de Tarazona ofrece becas y alojamiento que facilitan el clima de trabajo

II. BERNAL

«Los escritores hacen la literatura nacional y los traductores hacen la literatura universal». A Rada Panchovska le gusta recurrir a la cita de Saramago para resumir la relevancia de su trabajo. Ella, que además es poeta y editora, ha traducido al búlgaro los versos de Alfonsina Storni, José Emilio Pacheco y Carlos Vitale. Es un trabajo arduo, lleno de matices y sutilezas, así que le gusta afrontarlo arropada de colegas que pasan por el mismo trance, por lo que cada año procura pasar

un par de meses en la Casa del Traductor de Tarazona.

Esta institución, única en España y perteneciente a la Red Europeas de Casas del Traductor, fue creada en 1988 por el Ayuntamiento de la propia localidad, la Diputación Provincial zaragozana y el Gobierno aragonés, ofrece una serie de becas para que traductores de todo el mundo puedan convivir y empaparse de la cultura española mientras trabajan. También pueden acudir a ella traductores no becados (el alojamiento y acceso a las salas de trabajo tiene un coste de 12 euros diarios) o incluso sin contrato con ninguna editorial, siempre que su proyecto haya sido considerado de interés por el patronato de la Casa.

Pese a los recortes impuestos por la crisis (desde hace



Rada Panchovska

dos años, por ejemplo, no cuentan con ninguna financiación del Ministerio de Cultura), este curso estrenan instalaciones y en vez de cuatro habitaciones cuentan con siete, lo que esperan redunde en una mayor afluencia de profesionales y un mayor número de obras traducidas en sus salas, unas veinte al año hasta ahora.

Para Rada, esta especie de residencia para estudiantes, puesto que ese es el ambiente que pretende recrear, es «sencillamente imprescindible». «Conozco la Casa casi desde su apertura y la veo fundamental para poder practicar la lengua, conocer las novedades literarias que no llegan a las librerías en Bulgaria y, a veces, incluso a los propios autores en presentaciones o lecturas. Es imprescindible aunque sólo sea para poder estar con colegas de otros países con quienes discutir sobre problemas comunes», reconoce. «Traducir es un trabajo muy solitario y la poesía requiere del equilibrio justo entre la soledad del lápiz o el bolígrafo en tu habitación y el ambiente colaborativo y agradable de compartir espacio con compañeros», resume.